

## LISTA DE PRESENTES

■ J. R. M. Ávila\*

1

Yo sé que no es bueno hablar mal de los difuntos, pero no nada más se burló de que yo creyera en aparecidos: dio a entender que yo era un ignorante. Y además, enfrente de todos los que estaban en la cantina. No sé cómo me quedé callado. Terminé de tomar mi cerveza, pagué y me fui. Iba tan encabronado, que me daban ganas de regresar a matarlo.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Viveros no valía la pena. Más perdería el mundo si se hubiera muerto el perro más roñoso que pueda uno encontrar.

—Entonces, ¿se alegra usted de su muerte?

—Pues triste, no estoy. Si vine al velorio fue para conocer a la viuda que dicen está de muy buen ver. Y para saber qué tan triste la había dejado su muerte.

—Pues llorando sí está.

—Son lágrimas falsas, como las de todas las mujeres.

—Oiga, no nos mienta: ¿De veras no fue usted quien mató a Narciso Viveros?

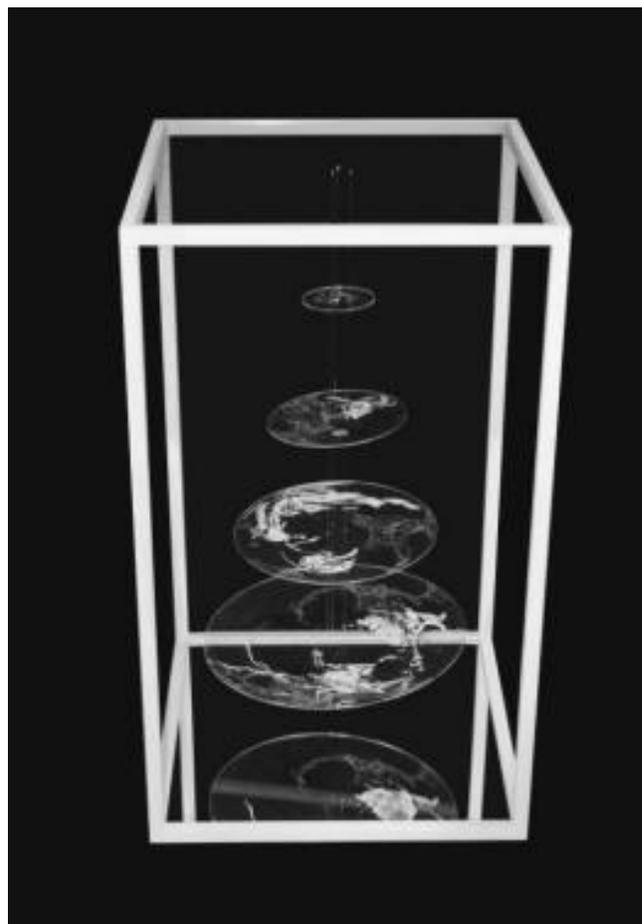
—No estaría aquí, tan quitado de la pena, platicando con ustedes.

—Bueno, pues si usted no fue quien lo mató, deje que le platiquemos lo que pasó después de que salió de la cantina y entramos nosotros.

—A ver.

2

Viveros se burló de ellos en la cantina hasta que se hartó. Y así hubiera seguido si no fuera porque, en el colmo de la burla, carcajeándose, dijo por enésima vez: Nomás los pendejos creen en aparecidos. A nadie le aguantaban burlas así, pero pensaron que no valía la pena engordarle el caldo. Casi se tragaron el coraje. Pero uno de ellos le contestó: Pues será como usted dice, pero se necesita ser muy hombre para caminar enfrente del panteón, ahora que están pasando lista de presentes a los muertos.



\*Autor de los libros "Ave Fénix", "La guerra perdida" y "Relámpagos que fueron". Ha publicado en las revistas "Entorno", "Política del Noreste", "A lápiz" de la UPN, Unidad 19B de Guadalupe, N. L. "Entorno Universitario", "Polifonías" y "Reforma Siglo XXI", de las preparatorias 16, 9 y 3, respectivamente, y "Conciencia Libre". E-mail: jrmavila@yahoo.com.mx

Todos se le quedaron viendo al que había hablado. Claro, maliciaron desde el primer momento que algo tramaba. Bien que lo conocían. Siempre vivo para idear jugarretas, siempre listo para desquitarse de lo que alguien le hacía. Así que en la primera oportunidad que tuvieron, mientras Viveros iba al excusado, aprovecharon y se pusieron de acuerdo. Al poco tiempo, pagaron, se despidieron diciéndole: Si es tan hombre, ¿por qué no pasa al rato por el panteón? Y salieron de la cantina, contrariados, bajo la hostigosa noche de agosto.

Media hora después salió Viveros de la cantina. Cantaba para mostrar valor o para convencerse de que no temía a los aparecidos. Si uno ponía atención, apenas se insinuaba el bulto de su cuerpo tambaleándose por el camino. Entonaba canciones, las tarareaba cuando olvidaba la letra, engolaba la voz. Ya se sabe, después de beber tanto, cualquiera se siente artista. Parecía que iba a caer, pero se sostenía nadie sabe de dónde.

—¡Ahí viene! —avisó el que vigilaba el camino. Las lámparas de mano se abrieron paso en medio de la noche. Sólo esperaban la señal para plantarse frente a una lápida mientras alguien leía a grito abierto el nombre escrito en ella.

—¡Hipólito Guerrero!

Un silencio breve llenó la noche del panteón hasta que alguien respondió con voz cavernosa, lejana, de muerto:

—¡Presente!

Después alumbraron la siguiente tumba y el proceso se repitió variando sólo de nombre y de voz. La luz apenas se dejaba ver entre los huecos que dejaba el cerco de hombres con lámparas. Se gritaba otro nombre. Un silencio razonable. Contestaba una voz diferente cada vez. El cerco de hombres, lámparas y luces pasaba a otra tumba. Sin prisa, con el aplomo que da la borrachera cuando no alcanza a disiparse. Cuando Viveros vio las luces en el panteón, se le esfumó la alharaca que llevaba. Caminó con cautela, se detuvo, porque ahí, vestidos de negro, o tal vez sería la noche que los hacía lucir así, varios hombres sostenían lámparas por encima de los hombros. Al principio eran sólo resplandores sobre las lápidas. Pero a medida que se acercaba, la luz acentuó las formas de las siluetas, o las distorsionó, porque no

reconoció a nadie. Se acomodó el sombrero, se lo quitó, volvió a ponérselo. Escuchó apenas lo que antes había sido un lejano rumor de voces.

—¡Leobardo Téllez!

Un silencio prudente, un lapso razonable.

—¡Presente!

Viveros se detuvo por un momento y dudó. Tal vez no le habían mentido sobre la lista de presentes en el panteón. Pero todavía se resistió a creerlo. ¿No sería un entierro? Sí, eso debía ser pero, ¿de noche? Se aproximó con la incertidumbre atravesada en el cuerpo, a punto de cortarle la borrachera. Se apoyó en la cerca a medio caer y aguzó la mirada para ver adentro del panteón.

—¡Aurelio Montes!

Enorme hueco de silencio.

—¡Presente!

Se encogió lo más que pudo y escuchó agazapado. Pero la voz tardaba y por un momento sintió a sus espaldas que alguien se aproximaba. El miedo lo aferraba fuerte pero no lo suficiente para no dejarlo voltear y encontrarse con la mirada inagotable de una lechuza. Tomó una piedra y se la arrojó, pero el animal permaneció impasible, intocable. Iba a tomar otra piedra para arrojársela cuando escuchó:

—¡Narciso Viveros!

Se quedó helado. Se olvidó de la lechuza. Miró hacia el grupo de hombres que pasaba lista de presentes. ¿Por qué lo nombraban si no estaba muerto?

—¡Narciso Viveros!

Un silencio alargado lo mantuvo junto a la cerca, con la respiración contenida, hasta que escuchó:

—¡No está!

Silencios interminable, agotador, paralizante.

—¡Vamos por él!

Narciso Viveros dio un brusco salto que lo sacó de la borrachera. Era tal la rapidez con que deseaba huir que cayó y tuvo que utilizar pies y manos. Avanzaba a rastras, se levantaba, andaba a lo gato, se arrastraba de nuevo, volvía a levantarse. Huía a todo correr, alejándose de la persecución que amenazaba echársele encima.

El hombre que vigilaba el camino se reunió más tarde con quienes habían pasado lista de presentes y contó con detalles exagerados el pavor de Viveros durante el escape. La risa se redoblaba y revoloteaba hasta que, de repente, como si se dieran cuenta de que aquello no encajaba en el panteón, enmudecieron. Entonces, sin decir palabra, regresaron a la cantina para celebrar el éxito de la broma, llenando el camino con burlas y carcajadas. Claro, ¿cómo iban a saber que Viveros moriría dos días después?

3

—Esperen, no se rían tan fuerte, acuérdense que estamos en un velorio.

—La verdad es que se lo merecía.

—Tal vez, pero si le preguntamos a su mujer...

—Les apuesto que por dentro ha de dar gracias. Debe haberla tenido harta. Esas lágrimas no duran tanto. Ya lo verán.

—La verdad es que a esta hora, Narciso Viveros ya ha de saber si existen o no los aparecidos.

—Pues si existen, no tarda en llegar.

—Imagínense que se nos aparezca ahorita.

—¡Y que nos diga: ¡Nomás los pendejos creen en aparecidos!

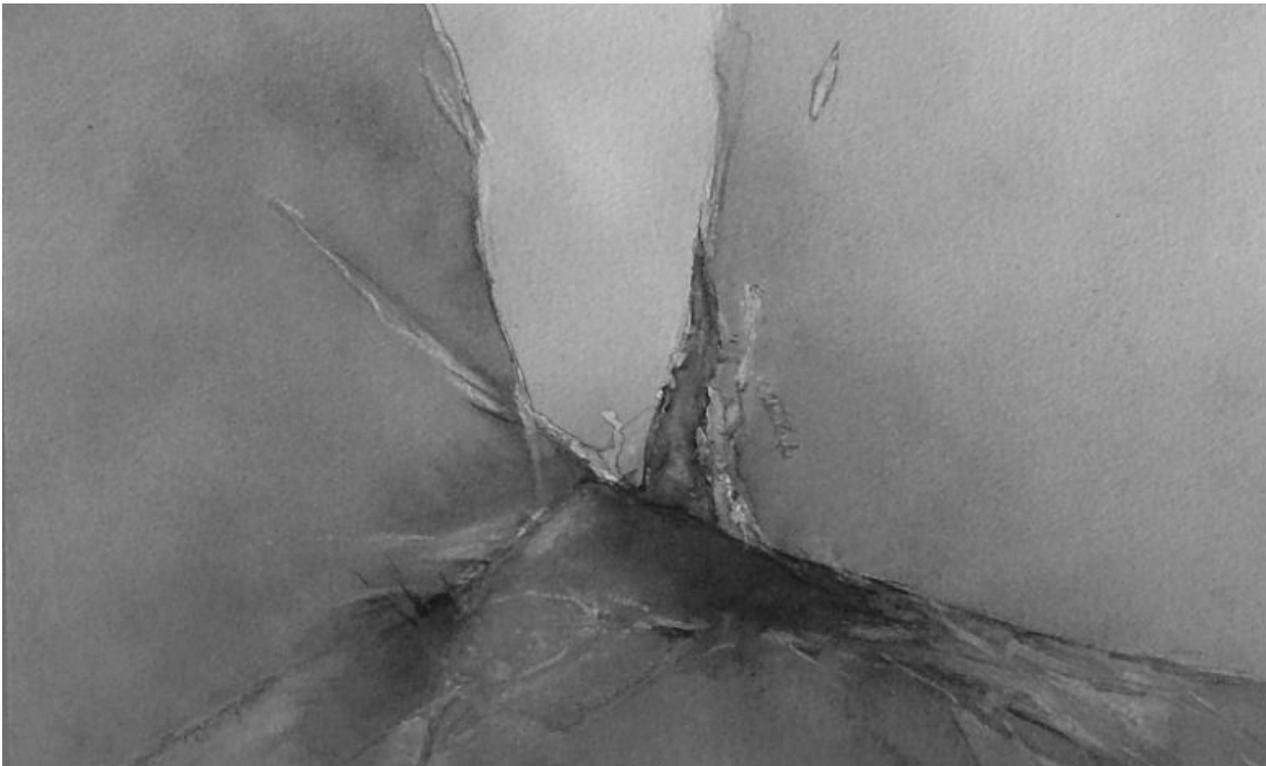
—¡Un aparecido que no cree en aparecidos!

—Están volteando a vernos, ya no se rían tanto.

—Bueno, ya, serios.

—Aquí ya cumplimos.

—Sí, mejor nos vamos.



Estruendo